

CAPITULO IV

TRAJES REGIONALES

I

Traje del maragato

El entristecido maragato no hizo posada en ninguna de las antes referidas ventas, aunque bien se recordara de las muchas veces que de dormitorio le sirvió el espacioso portal, y de cama la saca llena de paja, tirada en el punto desde el que vigilaba durante la noche sus re-cua y carromato.

Ni se despidió de la tía Juana, ni del tío Gabriel, ni del Cojo, quienes tantas noches repicaron a más repicar la pandereta, y cantaron a más cantar sus graciosas seguidillas, al compás de cuya música tanto él balló y sus castañuelas repicaron.

Son éstas consideradas como elemento consustancial de su traje, el que se compone de:

Sombrero negro con ala ancha y copa semiesférica realzada y rodeada en su base por típico cordón de fabricación casera, y extremos rematados por varias borlas, las que, con algo de cordón, penden del ala en su punto interposterior-derecho, cordón y borlas en que sobresalen los colores rojo, verde y amarillo.

Camisa de hilo de lino criado y tejido en el pueblo, con cuello y puños sin volver y tensos, merced a los muchos respunteados hechos en forma bien característica y con botones de artesanía doméstica, del mismo hilo y for-



TRAJE DEL MARAGATO



MARAGATA CON CARAMIELLO

ma esférica.

Chaleco con espalda de tela blanca de lino, más fuerte que la de la camisa y de la misma procedencia, y por delante, tela encarnada de lana, con numerosos ramos y flores bordados en sedas de varios colores, sobresaliendo el verde y amarillo; llega hasta rodear el cuello. En la mitad alta de la línea media vertical de su pechera está la primera parte de su abertura, cerrada con suplemento fijo en la tela izquierda y unido sobre la derecha con grandes botones de plata u oro de fina labra y calados afiligranados; la segunda parte está horizontal y llega hasta cerca del brazo izquierdo, y la tercera es hacia abajo. En la horizontal se cruzan las telas y en la última se superpone la de la derecha. Sobre el chaleco la

Almilla «armilla», especie de chaqueta sin cuello y con pequeña aldeta. Los delanteros, separados quince centímetros al extremo de arriba y seis en el de abajo, se ciñen en su mitad inferior con cordón cual el que rodea el sombrero. Sobre ella va el

Cinto, cinturón, pretina, de cuero curtido, con cabritilla al exterior, y de 7 a 10 cm. de ancho; dos bolsos contiguos laterales para las castañuelas y hebilla metálica para atrás; cinturón en el que las maragatas extreman sus grandes paciencia y habilidad para bordar con sedas fondos de color granate y, sobre éstos, letreros alusivos, como los de: «Viva mi amado bien», «Viva mi dueño», «Viva la prenda que yo adoro, que por ella gimo y lloro», «Vivan los dos, la que baila y yo» etc. y en otro caso cubriendo la cabritilla tupido bordado de ramos y flores de muy variados y vivos colores.

Las *bragas*, que llegan a la altura del cinturón y bajo la armilla, donde se sujetan con cordón terminado en borlas o con «aujeta» agujeta por entretelas. Son las bragas de rico merino las de fiesta y las de faena de negro

pañe burdo tejido en la región. Llevan muchos frunces en la cintura que las hacen muy anchas, lo que se destaca más en las perneras; las que llegan bajo la rodilla, donde se cierran acercándose a la pierna sin tocarla y mediante otro cordón por entretelas.

Los calzones. Desde poco más arriba de donde llegan las perneras bajan los calzones; tubos de paño fuerte, con el desahogo suficiente para ser vestidos por los pies. En su parte inferior se continúan hacia adelante con larga visera, que casi cubre el calzado, como asimismo alrededor, dejando visible por bajo muy poca parte de éste. Se sujetan en su borde superior con algunas vueltas de ligas de varios colores y con letreros parecidos a los del cinto o como estos tres que en sendas líneas tienen las del maragato fotografiado: «De que esta paloma vuela te olvidará quien te quiere». «El que estas ligas recibe grabado en mi pecho vive» «Quien da esta expresión también dará el corazón».

Es el calzado *botas de cuero fuerte*, ya para las fiestas, ya para la faena. Se atan con correas también de cuero.

Y como aditamento, la tralla, con cuyo chasquido tantas veces excitó y hasta alguna fustigó a la Torda, la Zagala y la Capitana, nombres estos que había dado a sus mulas. Este látigo, que solo muy brevemente se descolgaba del cuello del arriero, ahora lo colgará del palo clavado en el portal, tras la puerta, y al que, cual poeta, le dirá: «Tate, tate, foiloncicos, --de ninguno sea tocada...»

II

Traje de la maragata

Suene el llanto de grato recuerdo, cargado de varia-

disimas emociones, del Camino Gallego, el que la hierba borraré y la reja, que voltea la tierra de los predios limítrofes, lo convertirá en verde triginal.

La Historia se repite.

Por Maragatería campa otra era cual la que hubo de pasar cuando éste, que dicen que fué país de minas, éstas negaran su existencia.

Y porque la Historia se repite, el genio maragato repetirá la prueba de su valor, brotará fuerte reacción, reforzará su excepcional actividad de pueblo valiente y las circunstancias adversas no le anonadarán.

Así meditábamos somnolientos en el carromato que hacia el último de aquellos viajes exclusivos de la fuerte y aguerrida raza maragata, cuando un balanceo estrepitoso sobre peñas nos saca de nuestro ensimismamiento. Habíamos pasado el reguero de Los Corrales y nos internábamos en Val de San Lorenzo.

En su mesón tampoco hizo posada nuestro carretero.

Retiraré el carromato pero yo no me retiro. Así, secamente, sin detener el paso, saludó a la mesonera y su hija, que apostábanse ante la puerta, muy esmeradamente vestidas con traje regional, consistente en:

Pañuelo de la cabeza, de seda, a rayas y cuadros verdes y granate, con ramo de buen tamaño bordado con hilo felpilla de los colores citados más el amarillo y otros, el de la casada; y en tono claro, salpicado con ramitos bordados en sedas de colores pálidos y orilla festoneada con las mismas sedas, el de la soltera.

Son los *pendientes* de plata. Su parte superior lo es de grueso arete y la inferior de arco laminado, con reborde. Tienen enganche sencillo, numerosos záfiro verdes y adornos calados. Por su diámetro horizontal pasa afiligranada greca perforada, de la que pende una palomita traspasada por otro záfiro de color cual los dichos.



Retirará el carromato.....

Pañuelo del cuello de los llamados de merino o de mil colores, en razón a los muchos y variados que tiene, ya en los numerosos dibujos estampados que lo cuajan o ya por la variedad de los de su fondo. La orilla es negra y el borde está deshilado. Tiene la forma rectangular y se dobla según una diagonal, cuyos extremos hacen de puntas. Cubre la espalda, pasa sobre hombros y brazos, se cruza al pecho y se lleva a anudar en la región lumbar. Bajo el pañuelo del cuello va la

Pañoleta, de fina tela blanca, de las mismas forma y disposición que el pañuelo mencionado y cuyas puntas son rematadas con puntilla blanca de seda. Esta prenda, solo se deja ver un poco en el cruce que, cual el pañuelo del cuello, hace al pecho y en las puntas, las que se anu-

dan también en la región lumbar.

Estas tres prendas se visten con donaire muy propio, por lo que, en días de exhibición, se hacen imprescindibles una o dos ayudas de cámara, que colocan alfileres en número no inferior a la docena. Vestido debajo de la pañoleta está el

Jubón, confeccionado de rosel negro brillante, muy ceñido, con cuello alto y puños ajustados, uno y otros con agremanes de abalorios, y botones de cristal, negros y brillantes. El cuello se orla con puntilla blanca e igualmente los puños del de la soltera.

Los *collares* descansan sobre la pechera y rodean el cuello. Es adorno consistente en varias sargas de cuentas de coral natural; número y amplitud de vueltas relacionados con la posición económica de la casa. Del punto inferior de la vuelta externa pende la *ralica*, medalla de buenas dimensiones.

La maragata, con el traje regional que últimamente ha usado, se ha ataviado con tres variedades de collares, pertenecientes a sendas épocas de este traje: la primera, la media y la actual.

En el de la primera a las cuentas de coral se intercalaban grandes, afiligranadas y argéneas bolitas con tubitos laterales, y medallas triangulares taladradas. La *ralica* es valiosa pintura colocada entre cristales abrazados por cerco de plata. Este collar es el exterior de la fotografía de la maragata actual.

A la época media pertenece el que en la fotografía está en medio, y lo integran numerosos corales finos y *ralica* de plata, de forma ovalada, con la imagen de la Virgen Blanca en taladro.

El collar que en la fotografía más de cerca rodea el cuello de la maragata pertenece a la época actual, en qué, por la escasez de corales, éstos se separan por cuen-

tas de azabache, china y cristal. También lleva ralica, cual la del anterior.

El mandil, de rosel negro, con profusión de bordados en hilo de oro, seda y fe'pilla y con lentejuelas de oro y de cristal negro. Los bordados representan ramitos, hojas, flores, pajaritos, etc. Lleva una orla de terciopelo negro y agremanes de abalorios, y abajo ancho galón negro de seda, con bordados de lo mismo, de los colores rosa y azul.

Las cintas, que consisten en una cinta de cuatro a seis centímetros de ancho, de fondo encarnado o verde, con dos o tres filas longitudinales de letreros alusivos bordados en seda amarilla; lo que da lugar a los nombres de cintas de dos o tres letreros, usando unas u otras en relación a la posición económica. En su medio forma muy pequeña doble lazada con extremos de cincuenta o sesenta centímetros, en cuyas puntas llevan unos lazos de perle o seda de colores apropiados e hilos de oro, colocados en forma tal, que al imprimirles movimiento al caminar o bailar semejan cocos, por lo que también se las llama cintas de coco.

Manteo o rodo, de fino paño negro, brillante, de lana, con amplio vuelo y extremos superpuestos por detrás. El lado de arriba, que es el más corto, rodea la cintura, a la que se sujeta mediante una cinta que orilla este lado y se prolonga. Por bajo y por el lado superpuesto lleva reborde de cinta negra de lana y ancha cenefa de terciopelo negro entre agremanes de abalorios del mismo color. Al lado de la derecha tiene una abertura, con cinta negra en los labios y, en torno, cenefa de terciopelo y agremanes cual los dichos; arriba y abajo, sobre los vértices del agremán, lacitos de cinta de seda con lentejuelas doradas y, en casos, piedrecitas de záfiro. Por esta abertura pasa la mano para llegar al

Bolsillo, prenda de unos veinticinco por quince centímetros, de dos telas superpuestas; la de abajo es fuerte y de hilo de lino, y la de arriba de terciopelo negro o de lana de los colores encarnado, verde o amarillo. En la línea media vertical y hacia arriba tiene la abertura, con idénticos complementos que la coincidente del manteo. Hacia abajo lleva las iniciales del nombre y apellido de la dueña, rodeadas de ramos, flores y grecas, todo bordado en sedas. Las dos telas son unidas en sus bordes por costuras y cintas que las abrazan, de las que la del lado de arriba se prolonga para rodear la cintura y dejar de ésta pendiente el bolsillo.

El *zagalejo*, manteo bajero, de tela de lana de color encarnado, verde o amarillo; lleva cintas en orillas cual el manteo exterior y, en igual sitio que éste, la cenefa de terciopelo negro o de cordones del mismo color.

Medias blancas de hilo de lino preparado en casa y en ésta confeccionadas a punto de aguja.

Zapato bajo de paño negro, con puntera de charol de igual color y refuerzo de lo mismo en la costura posterior, una y otro muy respunteados con hilo blanco. Tiene el zapato amplia boca, rebordeada con cinta negra de lana, y suela de curtido. Los de soltera se adornan con lazos negros de seda y abalorios blancos sobre el empeine.

En el largo corredor del mesón se encontraba la abuela, la representante de tiempos medios de la raza, quien divisó el carromato al pasar por entre las huertas de la Cañada.

Ella bien comprendía la tristeza del arriero y no quiso aumentarla con frases apenadas, por lo que siguió en su lenta faena de limpiar su traje, compuesto de:

Pañuelo de la cabeza igual al de su hija.

Pendientes, formados por grueso arete de plata, de

unos seis centímetros de diámetro, con enganche sencillo hacia adelante y al lado de éste un adornito de plata o una piedrecita de záfiro.

Camisa de corchaos, de lino de la región, con delantero completamente fruncido y en su medio la abertura con botones caseros de hilo de lino y forma esférica. El cuello era estrecho y tenso, merced a los muchos pespuntos que llevaba y con un botón cual los dichos. Las mangas muy cortas, cerradas y anchas para recibir por dentro.

La *manga*, pieza suelta, de hilo de lana y fabricación doméstica a punto de aguja; llegaba hasta cerca del hombro y se sujetaba al brazo con una cinta por entretela. El puño, policromo, se formaba de muchos pliegues a cadena.

El *justillo*, de terciopelo en colores, de raso de seda o de paño de lana encarnada, con bordados de sedas azules, encarnadas, verdes, amarillas, etc. En su delantera llevaba la abertura, cuyo tercio inferior se ceñía mediante un cordón de seda, cual el de la armilla del maragato, quedando, en los superiores, muy abierto y desahogado. Esta abertura y el cuello estaban rebordeados con cordón como el referido.

El *sayuelo*, de paño negro, con cuello y mangas de pequeños frunces transversales sujetos y unidos con cordones de tela de seda. Las mangas eran abiertas en toda su longitud por abajo y caían sobre los brazos; los puños llevaban un botón casero, que no se usaba.

El *rodo blanco*, de tela de lada de este color y fabricada en la región; era de una pieza, en la que se diferenciaban el cuerpo y la falda o rodo. Se vestía por la cabeza, se sostenía con hombreras y carecía de mangas. El cuerpo se ceñía en su tercio inferior y se dejaban, como en el justillo, muy abiertos los dos superiores. El rodo carecía

de abertura; llevaba posteriormente dos frunces, llamados *chitos*, de quince centímetros y dirección opuesta; estaban arriba separados unos seis centímetros y eran los que daban vuelo al rodo. Protegida por estos frunces y de arriba a abajo iba

La *facha* o *facho prieta*, pieza de lana, de confección doméstica a punto de aguja, con listas transversas, que alternaban con los colores azul, encarnado, verde, marrón, etc. y rematada por abajo con cerrras suplementarias. Se fijaba con una cinta que rodeaba la cintura.

El *fajero*, larga pieza de tela, de 15 cm. de ancha, en tres colores longitudinales y con letreros alusivos. Para finalizar se estrechaba y llevaba dos cintas de seda verde, que servían para atarlo. Con él se daban varias vueltas sobre la parte cerrada del cuerpo del rodo.

El *mandil*, de estameña, sin frunces, adaptándose a la cintura por tener sus ángulos superiores recortados o sueltos, cayendo, en este caso, libremente hacia adelante. Por bajo también tenía los ángulos recortados o presentaba la forma de arco muy abierto. En su parte inferior se adornaba con tres bordados en felpilla, representando ramitos, de los que los dos laterales eran menores que el del medio.

Las *medias* de lana, «ranjonas» listadas y de fabricación doméstica.

Los *zapatos* de cuero, con un vivo de tela encarnada en la unión posterior. Por encima llevaba un suplemento de becerro, con muchos y caprichosos calados y fondo de tela encarnada de lana. Esta oreja estaba cosida en la parte de adentro del zapato y abotonado sobre la de afuera, continuándose unos tres centímetros después de los ojales. De botones hacían unos pitoncitos cabezudos de hierro o cobre.

Como aderezos muy típicos, la abuela llevaba el joyel

y el collar.

El joyel era una gran medalla finamente labrada o una esfera hueca, de un diámetro como de unos ocho centímetros y se abría según un meridiano y hacia abajo, estando en la parte inferior la bisagra y en la superior la anilla, por la que pasaba larga sarta de corales y cuentas esféricas o una cadenita de plata, que, como collar, llegaba hasta bajo las rodillas. Era el joyel de oro, plata o latón, metal éste último que aquí se llamaba «alquime»; llevando, incustradas o fijadas lateralmente y en cada semiesfera, sendas imágenes del Crucificado y de la Virgen, en oro o plata.

El *collar*, formado por varias vueltas de corales naturales —aquí denominados finos— separados por cuentas redondas, de plata, o de cristal y china blanca, con manchitas negras y azules, y algunas con varios apéndices en punta y de estos colores. Del collar pendían varias medallas de plata, con imágenes del Crucificado, de la Virgen o del Patrón Santiago.

También en el corredor, a su extremo y ángulo de la izquierda, se hallaba, tomando el sol, la bisabuela, sentada en el taburete de roble, íntimamente ligado a su existencia.

Ante los decisivos acontecimientos que afectan a su región no se inmuta porque, el recuerdo de lo antiguo no alivia en las contrariedades presentes, ni es panacea para los males que vivimos, y deja a sus descendientes de hoy que, apoyándose en la Historia de la raza, reaccionen como maragatos. Ella, en sus recuerdos, dedica uno a su traje, cuyas prendas típicas fueron:

El caramiello, toca de la mujer casada y que el P. Plórez lo describe: «Puesto en la cabeza y mirándolo de frente tiene la hechura de un plato, siendo forma de concha

en el remate, que cae a la espalda. Su materia es de lienzo, en que gastan muchas varas, recogido con tal prolijidad que desde el extremo mayor se van recogiendo en círculo hasta el centro, donde entra en la cabeza, viéndose únicamente las puntas de cada círculo del centro».

Camisa de corchaos, con bordados de diversos colores.

El *jubón*, de terciopelo negro, con orilla de cinta, y su abertura, que queda al frente, se cierra en su tercio inferior y deja abiertos los dos superiores.

El *rodo*, con sus dos partes como el que dejamos descrito al hablar del vestido de la abuela. La manga se abotona, y la falda lleva en el tercio superior costuras con tablas al interior, que dan vuelo en los tercios inferiores.

El *mandil* más estrecho que el de la abuela pero de idéntica confección, y de

Collares lleva algunas pequeñas sargas de cuentas de plata con medallas del mismo metal; y también tres vueltas de sargas de gran amplitud hasta llegar bajo las rodillas, con medallones o cruces de coral, plata u oro.

Débiles ha dejado la actual norma de vida las limitaciones regionales.

El maragato marcha en consonancia con la universal evolución social, y ha fijado su residencia en donde su espíritu emprendedor le ha llevado. En esa adaptación ha dejado su traje y muchas de sus costumbres antes con religiosidad guardadas.

El varón maragato, predispuesto a ambular, dejó primero que la maragata su traje privativo.

Solo dos hombres quedan en la región que durante su vida han vestido siempre el típico traje; no así la mujer, de las que aún son varios centenares las que sólo con él se visten.

Si no en absoluto refiriéndonos al traje de la maragata, sí podemos afirmar con respeto al del maragato que aquel rico, riquísimo y muy vistoso traje pasó definitivamente al arca de los recuerdos venerables de aquellos recuerdos que llevan en su esencia toda una historia de una raza; de la raza cuya memoria ha de ser de alto y sano orgullo para ella y de respetuosísima admiración para los extraños.



Don Demetrio Gelje Aves
el más joven de los maragatos que visten el traje regional